

en extremo lentas, que dejaban campo abierto á las intrigas de las córtes extranjeras, y que eran un obstáculo para ver las cosas en conjunto. En efecto, el mismo año precisamente en que se hizo permanente la Dieta, penetraron los Turcos en Moravia, y aquella empleó un año en resolver acerca del orden en las deliberaciones. El carácter de aquel cuerpo era una gran indolencia en los grandes asuntos, una gravedad pesada, una formalidad incansable en los asuntos pequeños, y una pretenciosa futilidad unida á una extrema impericia; era eterna en sus pleitos, que con frecuencia no se sustanciaban en dos generaciones de jueces; frívola en los debates, pues se acaloraba en ellos sobre si el embajador de tal príncipe debía tener bancos rojos, si la librea de sus criados habia de ser semejante á la de los electores, y cuántos *etcéteras* habia de añadir á sus títulos. Pretensiones insignificantes ocasionaban contiendas y hasta batallas, siempre en perjuicio de los débiles. Las envidias y las disensiones dividían interiormente el colegio de los electores del de los príncipes; en este último, los antiguos estaban en pugna con los nuevos, los miembros eclesiásticos con los seculares y con los obispos protestantes, los que gozaban del voto viril contra los que solo le tenían curial, y el cuerpo evangélico contra los Católicos.

Del mismo modo que las intrigas diplomáticas se abrogaban en el exterior la autoridad legislativa, así la Dieta se las atribuía en el interior. Los dos tribunales supremos de la cámara imperial establecida en Wezlar, cerca del emperador, resolvían las diferencias que surgían entre los Estados del imperio, y podían aun en causas civiles reformar las sentencias de los príncipes que no disfrutasen del privilegio *de non appellando*. Sus derechos estaban reducidos á la nada; sin embargo, los pequeños Estados encontraban en las asambleas y en los tribunales protección contra los arbitrariedades de los vecinos poderosos, y los súbditos contra las de los señores. Pero cuando los gobiernos particulares oprimían á sus súbditos, estos no podían esperar justicia ni de la Dieta de que eran miembros los usurpadores, ni de la cámara imperial, compuesta de jueces pagados por aquellos.

Religion. La religion seguía siendo un pretexto para cometer excesos y violencias, pues se desconocía aun la tolerancia práctica; era difícil impedir las faltas de respeto en unas iglesias que servían alternativamente para ambos cultos, y cualquier acto de desprecio hería profundamente los ánimos que ya estaban prevenidos; la envidia exageraba las consecuencias de los actos de los príncipes católicos, y denigraba sus intenciones; desgraciado del príncipe que se hacía Católico como el elector de Sajonia; por una cosa insignificante se amotinó dos veces la ciudad de Hamburgo, y se acudía en queja á las grandes potencias, y estas solían enviar embajadores, protocolos y amenazas.

Hubo otra secta religiosa que adquirió grande importancia, la de los hermanos moravos, que habiendo salido de Bohemia despues de la batalla de Praga, permanecieron ocultos. Juan Amos, llamado Comenio, nombre del pueblo de su nacimiento (1592-1671), reunió en Lissa á sus correligionarios, y fué su último obispo; su *Janua linguarum reserata*, traducida á doce lenguas europeas, fué por espacio de muchos años el manual de los elementos de lengua latina. Despues de su muerte se extendieron por Lusacia, Sajonia y Franconia, y construyeron algunas aldeas, siendo Católicos en apariencia, pero reuniéndose para comulgar bajo las dos especies.

Cansados de aquella vida oscura y equívoca, levantaron la cabeza, y Cristiano David, su jefe, pidió asilo á Nicolas Luis, conde de Zinzendorf, hijo de una antigua familia austríaca, el cual despues de haber hecho sus estudios en Halle, centro del pietismo, donde se habia apasionado de la teosofía, vivía, por motivos de religion, en la Alta Lusacia. Nicolas fundó en union de Federico de Walteville la órden del Grano de mostaza (*Senfhorn-orden*) para enviar misioneros á convertir paganos, y entónces acogió á los moravos en la colonia de Herrnhut, de donde tomaron el nombre de herrnhutienses. Viendo que se promovían disputas sobre religion, las cortó formando unos estatutos, cuyo fundamento es que los regenerados (*die Erwechten*) de Herrnhut deben estar en continua armonía con sus hermanos y con todos los hijos de Dios de cualquier religion que sean, sin disputar nunca, pero conservando la pureza, la sencillez y la gracia evangélica. Doce ancianos con él y con Walteville trataban del bien comun, pasaban algunas *vigilias* la noche entera rezando, y se unían *grupos* de dos ó cuatro hermanos ó hermanas, para conversar acerca del alma, y otros de veinticuatro ó mas pasaban orando veinticuatro horas seguidas y renovaron las agapes de los primitivos Cristianos. En su protestantismo, igual al de los luteranos y calvinistas, el único dogma importante era el de la redención; segun ellos, el único jefe de la sociedad era el Redentor, el cual, por medio de la suerte, designaba sus vicarios.

Zinzendorf al principio se hizo ordenar decano de todas las comunidades moravas; dignidad que dejó para pasar á Pensilvania de simple ministro luterano. Publicó muchas obras para sus discípulos, y creía que el lenguaje místico autorizaba á emitir nuevos dogmas sobre la Trinidad y tener una claridad cínica acerca de las relaciones de los dos sexos. Por eso tanto él como su sociedad fueron tachados de criminales; pero en las dos veces que el gobierno sajón envió á hacerle una visita, nada encontró de vicioso. Componíase la sociedad de labradores y operarios en extremo astutos, pero probos, que vivían con arreglo á una estrecha regla religiosa y civil, y que si bien no tenían comunidad de bienes, daban gran importancia á la

Hermanos moravos.

1631.

Zinzendorf.

1737.

suerte como expresion de la voluntad de Dios, hasta el punto de arreglar por medio de ella sus casamientos.

Propagáronse mucho en Alemania, Suiza, Holanda y América; predicaron en Groenlandia y la Laponia, y es sobremanera ensalzada la educación moral que se daba en sus escuelas. Están intimamente unidos á sus superiores en religion, á quienes obedecen ciegamente, porque no les mandan nada que no sea justo, y viven en comunidad en grandes edificios, teniendo cada uno un oficio, cuyas ganancias quedan á beneficio del Comun. La edad es la única jerarquía; cada casa tiene muchos *coros* de hombres, de mujeres, de viudas, de muchachos y de doncellas; los niños se reúnen en comunidad. La devoción á Jesus es su culto; la llaga del costado el símbolo expreso para todo; las doncellas son esposas del Redentor, y aquel misticismo sofoca las envidias y las ambiciones que corrompen las otras sociedades.

El pensamiento se robusteció en Alemania, lanzándose con Kepler á señalar las leyes de la naturaleza, con Otton Guerrick á buscar el vacío, con Hevelius y Sthal á ensanchar las matemáticas y la química, con Goldast, Conring, Schilter y Moldof á ilustrar las antigüedades patrias, con Grocio, Leibniz, Wolf y Tommasio á fecundar la filosofía. Pero casi todos escribían en latin: los prosistas eran oscuros y bárbaros, estaban atestados de citas y alusiones, y desconocían la belleza del estilo. La multitud de academias que se formaron á imitación de las italianas, favorecían un falso gusto convencional, en vez de dar impulso al idioma de la nación. El triste influjo de la Reforma en las imaginaciones se dejaba sentir en la falta de poesías. Muerta aquella literatura ingenua que jamas cree ponerse en ridículo, la substituyó otra, hija de la critica, que creció con la critica, y que abandonando las grandes tradiciones de la edad média, se hizo calculadora; era jóven, y sin embargo llevaba en su semblante las arrugas de la vejez. Se dedicaron muchos á ella, especialmente en la Silesia; pero eran incapaces de crear, y poniendo todo su orgullo en seguir bien las huellas ajenas, prefirieron acudir al parnaso latino y griego, á dedicarse á los recuerdos de su patria. El Brochen se cambió en el Pindo, el Rhin en Hipocrene, el emperador en Apolo; cantaron á nuevos Mártres, nuevos Mecénas y nuevos Alcides, cosiendo frases de Horacio y de Píndaro en su balandran á la alemana; é hicieron danzar á las Horas con tupé al rededor de un Febo con jubón y peluca.

Separarémos de aquella multitud á Pablo Schedius, que á los veintidos años fué coronado como poeta en Viena, y escribió generalmente en latin adulando á los príncipes; y á Pedro Danesio, cuyas canciones muestran imaginación, aunque sofocada por los ejemplos antiguos. Rodulfo Weckerlin se permitió algunas libertades, sacándolas, sin embargo, no de la naturaleza ni de su propio ingenio, sino de

los Franceses y de los Ingleses. « Si la poesía es el lenguaje de los dioses, el poeta que quiera escribir con gracia y elegancia, ¿puede hacer nada mejor que imitar el lenguaje de los dioses de la tierra, es decir, de los grandes, de los sabios, de los príncipes, de los magnates? » Esto decía, y por lo mismo escribía en lengua cortesana, y por esta causa no agradó á sus contemporáneos ni adquirió nombre duradero. Fueron Jesuitas Jacobo Balde, que escribió poesías latinas, que Herder no se desdendió de traducir al alemán, por la energía con que lamenta los males de su patria; Federico Spee, que escribió en lengua nativa cantos religiosos que no carecen de belleza, y Jacobo Masenio, profesor de Colonia, que publicó un curso de retórica (*Palestra eloquentiæ ligatæ*) con varias composiciones, de que hemos hablado ligeramente al tratar de Milton.

Mas fama que los anteriores consiguieron Flemming, Griffo y Opitz, ornamento de la que llaman *primera escuela* de Silesia. Pablo Flemming, Sajon, que viajó mucho tiempo por Persia y Rusia, pintó en sus canciones las cosas que habia visto, con cierta viveza oriental, rara en un tiempo en que la lengua vacilaba entre el frances y el italiano; pero fué conceptuoso, enfermedad de que entónces adolecían todas las literaturas de Europa, é hizo algunos dramas sin talento. Tambien los hicieron Lohenstein y el Aleman Marini, tachado de prolijo hasta por sus compatriotas. Era discípulo de Andres Griffo, el cual dirigió sus sátiras contra los capitanes que despues de la guerra de los Treinta Años andaban por las montañas; y lo mismo este que Lohenstein no evitan las pinturas repugnantes, cuando las creen á propósito para mover á piedad ó causar terror; mezclan lo grandioso con lo trivial, y toman lo horrible por trágico, y la declamación por magnificencia.

Martin Opitz fué llamado padre de la poesía, y mejor podria llamársele padre del estilo poético. Fué semejante al Malherbe de los Franceses, pero á pesar de su poca inventiva, tenía un gran sentimiento del estilo; ponía suma atención en corregir su lenguaje, de suerte que pocas palabras de las usadas por él han envejecido; en su *Prosodia* reveló á los Alemanes el poder de su idioma, el valor de las sílabas, su justa medida y su entonación; varió sobremanera las frases, y lo dijo todo con arte y sin afectación; pero substituyó la elegancia de la forma á la valentía y á la inspiración. Sus pagniristas se limitan á alabar su poderoso estilo. Tradujo la *Dafne* de Rinnucini, y con la *Elena y París* dió á aquella nación el primer drama músico. Betlem Gabor quiso que fuese profesor en Weissemburgo; Uladislao VII de Polonia su historiógrafo y secretario particular; el emperador Fernando II le puso en la cabeza el laurel poético; viajó mucho, y la peste cortó su vida en Danzick. Entre sus innumerables imitadores haremos mención solamente de los satíricos Juan Guillermo Laurenberg y Joaquin Rachel:

Flemming. 1609-40.

1616-64.

M. Opitz. 1597-1639.

el primero usó el bajo alemán, abandonado por los escritores, como más á propósito para zaherir con viveza á su siglo; el otro imitó á Juvenal y á Persio, pero más en su incorrecta viveza que en su vigor. Cristiano Hoffmann trató de formar una escuela diferente; pero al paso que Opitz se había conservado alemán, él se inclinó á los extranjeros, especialmente hácia los Italianos, y al traducir el *Pastor fido*, exageró sus defectos.

Al decaer la literatura alemana, nació otra próxima, la húngara, que produjo muchos dramas, tomando sus argumentos de los reyes antiguos ó de la mitología pagana, y los poetas eran protegidos por los magnates, que eran muy respetados del pueblo. Zrini, hombre erudito y de gran imaginación, compuso el bello poema épico la *Zriniada*, en el que tuvo que luchar con una lengua poco trabajada para esta clase de composiciones; y hasta después de su muerte no fué comprendido ni se le tomó por modelo; pero nadie le igualó, ni aun Lestry, que cantó la batalla de Moachz.

En consecuencia la Alemania, que desde el tiempo de Carlo Magno había sido la primera nación del mundo, bajó hasta el nivel de las demás, siendo con frecuencia más bien humillada que victoriosa, así como también débil en su política, y tarda en sus resoluciones; y su augusto título imperial llegó á ser herencia de una familia. Después de hecha la paz, el emperador, la Suecia y el Hesse conservaron su ejército, que fué el primero de tropas permanentes en aquel país. Fernando III sobrevivió nueve años, pero en la postración en que le dejó la guerra no pudo mostrar otra virtud más que la paciencia. Al hacer hereditaria en los Austriacos la corona de San Estéban, halló siempre opuestos á los Húngaros; no obstante los indujo á elegir á Leopoldo, su hijo, para dar á este el título de rey de Romanos, le costó gran trabajo allanar las cuestiones de fórmula y precedencia entre los príncipes del imperio, y murió antes de conseguirlo.

1633.

Quince meses y medio estuvo vacante el imperio, porque Mazarino le solicitaba para Luis XIV; y cuando perdió la esperanza de conseguirle, se le ofreció con 3.000.000 de pension al elector de Baviera y á otros. Ninguno le aceptó, de modo que fué elegido Leopoldo de Austria por medio de un tratado, que restringía sus poderes á favor de Francia, y que le obligaba á restituir el Montferrato á la Saboya y á no dar auxilio á los Españoles, con la condición de que si no lo cumplía sería depuesto. Fué complemento del tratado la liga que formó Francia entre los príncipes católicos y protestantes, con el pretexto de asegurar la paz de Westfalia, pero en realidad para sujetar al Austria. Luis prefirió tener que tratar con los príncipes uno por uno, á hacerlo con la lenta é irresoluta Dieta, lo cual aumentó la importancia de aquellos. Como recibían y enviaban embajadores, se consideraban como poderes indepen-

Leopoldo II.  
1658.1637.  
25 de marzo.

dientes; tenían con Luis pactos particulares; algunos recibían pensiones, por ejemplo: 20.000 francos el elector de Sajonia, 100.000 el rey de Suecia, 10.000 y después 20.000 el elector de Maguncia, además de los regalos que Luis hacía y de los collares que dió á los diputados de los príncipes en Francfort; de suerte que Luis era el verdadero jefe de la Alemania.

Estas intrigas de Francia hacían creer que no se consolidaría la paz; por otra parte no podía compararse con Luis XIV Leopoldo I el flemático, que era grosero en sus modales, exagerado en la etiqueta, intolerante en religión, si bien humilde, caritativo, puro en sus costumbres, minucioso en sus devociones y tan débil que con frecuencia dejaba impunes los delitos. Obró con acierto al excluir de los tribunales la lengua latina y las penas atroces del código de Carlos, y al consentir que el príncipe Eugenio de Saboya reformase el ejército. Conocía la metafísica y la teología, y había querido hacerse jesuita; se envanecía de hacer anagramas, inscripciones y epigramas; entendía de cuadros y de música, así como de alquimia y de astrología; protegió las letras ó por mejor decir las universidades, y á los que le tachaban de pródigo con los Jesuitas, les contestaba que era mejor serlo con estos que con las cortesanas, como Luis de Francia.

Las circunstancias le obligaron á hacer un papel importante en las vicisitudes de aquella época. Pero el ser émulo de Luis XIV al fin de su reinado, cuando al principio había sido tan débil, no debe atribuirse á él ni á sus generales, sino á haberse restablecido y robustecido la nación. Á esto hay que añadir que las ligas entre los Estados y Luis se habían formado por miedo del emperador, y cesaba por tanto su objeto desde el punto en que era conocida su timidez. Á pesar de Lobkowitz, su consejero íntimo, ganado por Luis, Guillermo, elector de Brandeburgo, le hizo abrir los ojos, impidió que los Franceses pasasen adelante, venció á los Suecos, sus aliados, y ocupó gran parte de la Pomerania, fundamento de la grandeza de su casa. Le fué de gran utilidad á Leopoldo la espada del Modenes Montecúculi, cuyo mérito consistió en haberse sabido reprimir, investigando, inventando, contemporizando y economizando las escasas fuerzas con que contaba, que era el único medio de elevar de nuevo al Austria.

Pero volvamos nuestra atención á Turquía, y á sus últimas empresas, con las cuales tenía aterrorizada á la Cristiandad.

## CAPÍTULO XXII

Los Turcos.

Á Soliman el Grande había sucedido Selim II, aborrecido del ejército, á quien tuvo que comparar con enormes dádivas. Llevó al trono, al

Selim II.  
1566.4 se-  
tiem-  
bre.

cual subió por cima de los cadáveres de sus hermanos, la avaricia, la embriaguez, la crueldad, la negligencia en los negocios, y todo hubiera perecido, si no hubiese sido por su sabio ministro Mohammed Sokolli y el mufti Ebn-rund. Hizo las paces con el emperador Maximiliano II, sometió el Yemen que se había sublevado, y con objeto de hacer la guerra á la Persia sin atravesar los mortíferos desiertos, trató de abrir el canal, en que ya había pensado su padre, entre el Don y el Volga para unir por este medio el Ponto Euxino con el Caspio; pero no pudo llevarlo á cabo por causa de las lluvias y de los ataques de los Rusos. Ya hemos hablado de su guerra con Venecia, y de la derrota que sufrieron los Turcos en Lepanto (1), después de la cual Sokolli dijo al bailío veneciano:

« Vosotros nos habéis cortado la barba, y nosotros á vosotros un brazo; la barba renacerá mas hermosa y espesa, y el brazo no. » En efecto, Kilig-Alí (*Okiali*) se salvó atravesando por medio de los nuestros con cuarenta galeras, las aumentó hasta doscientas y volvió á molestar á la Grecia. Los Venecianos hicieron nuevamente la paz con los Otomanos: Felipe II de España envió tropas que sitiase á Túnez, donde Muley-Homaidab, después de haber arrojado á su padre Muley Hassan, á quien había favorecido Carlos V (2), se había hecho dueño del reino. Don Juan llevó felizmente á cabo la empresa, pero no obedeció la orden de destruir la ciudad, porque deseaba establecer en África un reino, cuya capital fuese Túnez y él el rey. Pero Kilig-Alí, nombrado capitán-baja, la acometió con trescientas velas y la recobró, así como la Goleta; de manera que Felipe tuvo que abandonar también á Oran.

1573.

Quarenta gobiernos abarcaba entonces Turquía: ocho en Europa, Hungría, Tameswar, Bosnia, Semendria, Romelia, Caffa, Candía y el Archipiélago, con cuyo nombre se designaban la Morea, Lepanto y Nicomedia; cuatro en África, á saber, Egipto, Argel, Túnez y Trípoli; veintiocho en Asia, que eran Natolia, Karaman, Meraasc, Adana, Chipre, Alepo, Saida, Damasco, Trípoli de Siria, Seivas (el Ponto), Trebisonda, Chidir, Georgia, Daguestan, Chirwan, Kars, Van, Erzerum, Kerson, Bassora, Bagdad, Bakka, Mosul, Diarbekir; en Arabia, Gida, Sanaa, Zebid y la Meca. Á estos hay que añadir los cuatro países tributarios de Transilvania, Moldavia, Valaquia y Ragusa. Pero con la batalla de Lepanto cesó su importancia en el mar, pues si bien los Turcos se proveyeron nuevamente de armas y naves, habían perdido la fama, poder principal de las naciones conquistadoras, y que no puede recuperarse.

Estando ébrio Selim dió una caída y murió; sus sucesores precipitaron la ruina encerrándose en los serrallos y perdiendo el único entusiasmo que podía hacerles queridos de la

Amurátes III.  
1574.  
13 de diciembre.

Amurátes III.  
1574.  
13 de diciembre.

(1) Véase la pág. 283.  
(2) Pág. 109.

nación; el de ponerse á la cabeza de los ejércitos. Le sucedió Amurátes III, que mató á cinco hermanos suyos, y sin embargo no era cruel, sino débil, injurioso y avaro. Ni las rosas del nuevo serrallo de Scútari, ni las noches pasadas entre iluminaciones y fuegos artificiales, ni las caricias de las mujeres que eran su única compañía, le sacaron de su perezosa hipocondría; aunque le debilitaron hasta el punto de quedarse epiléptico (1). El visir Mohammed Sokolli había sido depuesto y luego asesinado: la sultana favorita dirigía al gran señor á su capricho, en unión de otras de baja condición y de viles traficantes en honores y poder. Los genizaros, que en tiempo de Soliman el Grande habían perdido el derecho de ir detrás del jefe del Estado, vieron cuán débil era el monarca en manos de efímeros visires. Como era consiguiente, el ejército se desmoralizó también, y el gran visir Osman permitió que los buluk, guardias del sultán y de la bandera del profeta, vendiesen sus empleos. Cuando más tarde se pusieron en curso monedas faltas de peso, los buluk y los genizaros tomaron las armas; no como otras veces para promover alborotos, sino lo que nunca se había hecho, para dirigirse contra el diván, penetrando en el serrallo y pidiendo la cabeza ó la destitución de los ministros; de aquí resultaron muchos incendios y sublevaciones, y un ejemplo funesto para el porvenir.

De los ciento dos hijos de Amurátes vivían cuarenta y siete, de los cuales fueron degollados diez y nueve varones por orden de su sucesor Mahomet III y arrojadas al mar diez mujeres embarazadas. Era Mahomet rigoroso observador de la ley de Mahoma, y abandonó el gobierno en manos de su predilecta, la Veneciana Sofía Baffo, que era quien ponía y quitaba los visires, único acontecimiento notable de aquellos tiempos, y origen de sublevaciones continuas. El ejército que se envió contra Hungría, desplegó por primera vez el estandarte del Profeta, que hasta entonces se había conservado en Damasco, y que después fué llevado á Constantinopla; sin embargo, la empresa tuvo fatales resultados. Á fin de secundar los deseos de los soldados, Mahomet se puso á la cabeza del ejército de Hungría, pero no consiguió mejor éxito. El renegado Cicala trató de disciplinar los ejércitos, y habiendo hallado al contarlos que había treinta mil menos de los alistados, los declaró desertores é infames. Estos se reunieron en Asia á las órdenes de un tal Abdulamin y tomaron á Edessa, donde sostuvieron sitios y batallas, y Abdulamin conservó la autoridad suprema que trasmitió á su hermano Dalí Hussein. Este se sometió después al gran señor, y murió en Hungría combatiendo á la cabeza de diez y seis mil hombres; pero se sublevaron otros jefes, contra quienes se enviaron otras expediciones, y hubo traiciones y perdones

Mahomet III.  
1595.  
18 de enero.

1596

(1) Véase la nota E.